

**“EL DEBER SER EN LA POLÍTICA DE RAFAEL DEL ÁGUILA”
(Transcripción)**

**Por Fernando Vallespín Oña
Catedrático de Ciencia Política,
Universidad Autónoma de Madrid**

Muchas gracias. Buenas tardes. Les agradezco enormemente su presencia aquí en este homenaje, y desde luego, mi agradecimiento se eleva a la Fundación Giménez Abad. Creo que es una magnífica ocasión para reflexionar sobre ideas de alguien que realmente, en nuestro país al menos, ha sabido cubrir una laguna, que es una laguna de reflexión independiente -y subrayo el término “independiente”- sobre la política.

Mi papel aquí era el de tratar de presentar su último libro, que es el de *Crítica de las ideologías*, que lo tienen ustedes aquí. Pero claro, después de escuchar a Sandra, muy difícilmente podré hacerlo mejor que ella. Me permitirán que empiece con una consideración puramente personal: yo conocía a Rafa (que es como le llamábamos todos, y le seguimos llamando, porque sigue presente entre nosotros) hace la friolera de treinta y un años. Por tanto, hablar de Rafa o hablar de la producción intelectual de Rafa, para mí, es casi hablar como... ¡Pues no sé! Casi de mi infancia. Soy mucho mayor, desde luego, pero realmente, por lo menos, mi infancia intelectual.

Yo de él subrayaría -antes de entrar ya más en el libro-, yo de él subrayaría dos cosas: la primera es la valentía con la que formulaba sus ideas. Si ha habido una persona que yo he considerado siempre de una independencia total a la hora de pensar es Rafael del Águila, algo sorprendente en nuestro país, donde apuntan los pensadores políticamente correctos. Y la segunda, es que es de los pocos que verdaderamente han sabido mirar a la política cara a cara. Implícitamente, lo ha dicho también Sandra. Es decir, para Rafael la política está reñida con cualquier tipo de reconciliación discursiva, y la política es fragmentaria. La política tiene que ver con algo que, en el fondo, no nos gusta.

Muchos de ustedes serán políticos, ¿no? Rafa siempre decía algo que a mí me sorprendía, y con lo que yo no estaba de acuerdo, porque a mí la política me fascina -como observador, ojo, no como actor-: “Los biólogos aman la naturaleza; los matemáticos aman el cálculo, aman aquello a lo que se dedican. Pero los politólogos se horrorizan ante el objeto que estudian”. ¿Cómo se puede reconciliar eso? ¡Es imposible!

Y sin embargo, todos hemos jugado a la idea de que es posible una reconciliación ideal de lo político en el discurso. Muchos, como es el propio caso, nos hemos dedicado casi monográficamente a la dimensión normativa de la política: a darle vuelta a los ideales, al deber ser, a cómo debería ser la política, cuáles son los principios de la justicia, cuál es la naturaleza de la justicia o de los derechos, etcétera, etcétera, etcétera. Y a Rafa –es, el término que utilizaba Sandra antes, y me gusta, porque aquí se lo voy a enseñar luego, tengo los mismos términos- le gustaba meter el dedo en los agujeros negros. Le gustaba lo incómodo. Sí, le gustaba lo difícil.

Allí donde nadie se metía, Rafa husmeaba. Y por eso quizá tuvo esa predilección por los autores incómodos, pero, por otra parte, quizá más valiosos. Los que no buscaban reconciliarse con nadie, los que realmente escribían para sí mismos. Yo creo que a Rafa le faltó... Sólo hay un autor al que no trató sistemáticamente, que encaja dentro de ese estereotipo, que es Spinoza. Creo que Spinoza fue quizá... Seguramente, si hubiera vivido más, no me cabe duda de que se hubiera metido. Pero, si no, todos los demás; todos los demás, que eran políticamente incorrectos, en su momento. Que de alguna manera decían, no verdades (porque Rafa nunca lo formularía así), pero que observaban la realidad de otra manera; ésos eran los que le interesaban verdaderamente a Rafael.

¿Y por qué le interesaban? Le interesaban fundamentalmente porque en el fondo, como acabo de decir, a Rafael no le gustaba la política tal y como es. Y, por tanto, su planteamiento intelectual iba dirigido a intentar desvelar qué demonios es eso que llamamos política. Cuál debe ser nuestra actitud ante lo político. Y nos hacía una llamada de atención que consistía fundamentalmente

en decir: “¡Ojo!” Antes de decir: “¡Hay que ver qué maravillosa es esta teoría!”, intentar ver en qué se oponía a principios de congruencia puramente lógica, o – y esto sí que lo quiero subrayar- cuáles eran las consecuencias de la aplicación de determinados discursos que aparentemente, en lo estrictamente ideal, nos seducen.

Y yo creo que al final, después de dar esas vueltas, a través de Sócrates, a través de Maquiavelo, a través, desde luego, de toda la teoría política contemporánea... Sandra, como es una amante del pasado, ha acentuado mucho más la familiaridad de Rafael con los autores del pasado, pero a mí me gustaría reivindicar su familiaridad [con los contemporáneos]. Rafael empezó siendo, como yo, un seguidor de la Escuela crítica de Frankurt, por tanto, de personas incómodas con el *statu quo* en un momento dado, que bebimos una especie de neomarxismo adogmático, pero que nos conducía en cierto modo a un escepticismo que tampoco queríamos asumir. Y yo creo que esa especie de incomodidad con el presente fue lo que le llevó también a intentar decir: “Bueno, vamos a ver por qué hoy no podemos ser capaces de adscribirnos a cualquiera de las ideologías que están en boga, cuando lo fácil sería: ‘Bueno, pues ya está: somos socialdemócratas, o somos cristianodemócratas, o somos liberales’”.

Yo creo que él -y en eso coincidía con él- nunca se sintió satisfecho con este tipo de códigos. Por tanto, siempre hemos tratado de buscar en el pasado alguna guía que nos pudiera también orientar en el presente. Y yo creo que Rafael, muy claramente, es lo que ha intentado a lo largo de toda su vida. (Hay un libro -que espero que Sandra acabe fomentando- sobre los intelectuales -ha aludido a él indirectamente-, que está escrito, porque yo he visto el tocho, yo lo he llegado a ver.)

Yo creo que el problema para Rafael es es esa especie de divorcio que se produce entre la realidad y el pensamiento. Siempre hemos pensado –que es la utopía de la Ilustración-, que era posible reconciliar la realidad *en* el pensamiento, y yo creo que toda la estrategia teórica de Rafa fue siempre intentar aportar esa idea: demostrarnos que esto, de ser posible, para empezar,

no es tan fácil. Y que toda reconciliación apresurada tiene también consecuencias que muchas veces son indeseables.

Y éste es el punto fundamental de su libro, yo creo, el de la *Crítica de las ideologías*. Yo creo que las ideas han estado siempre en su cabeza, pero la motivación inmediata de sentarse a escribirlo yo creo que tiene que ver, en principio, -por los puntos que quedaron sin desarrollar-, con algunos de los puntos de un libro anterior, del año 2000, que es un libro que llevaba un título maravilloso, que se llamaba *La senda del mal*. Pero, también, con un acontecimiento histórico que nos sacudió a todos enormemente, que fue -y decirlo aquí, en esta casa, me parece que es muy importante-, que fue, precisamente, el atentado del 11-M. Rafael dedica el libro a todas las víctimas de los ideales, especialmente a las víctimas del 11-M. Porque él no podía asumir que alguien, en nombre de determinados principios ideológicos, aunque estuvieran encubiertos por cuestiones religiosas, pudiera matar. Y pudiera matar a inocentes. Es decir: ¿cómo es posible que esto se pueda producir? ¿Que en nombre de determinados ideales podamos bajar a esos niveles de barbarie?

Pero claro, inmediatamente, la idea subsiguiente es decir: bueno, esto no es excepcional. Esto ha sido lo que ha ocurrido a lo largo de todo el siglo XX. Y, desde luego, también en épocas anteriores; pero sobre todo a partir de un determinado momento en el que se asienta la Modernidad.

Es decir: ¿qué es lo que impulsa el asesinato político? ¿Qué nos ha costado -dice en algún lugar- en víctimas humanas la persecución de los ideales políticos? ¿Qué conexión hay entre crímenes e ideologías? Éste es un tema sobre el que no se ha pensado suficientemente; entre otras razones, porque siempre hemos pensado que, en cierto modo, la solución fácil para justificar los crímenes es apuntar a personas concretas con nombres y apellidos. No existen crímenes ideológicos, sino que existen personas criminales. La imputación de los delitos siempre se ha personalizado: es Adolfo Hitler, es Stalin, es Pol Pot y compañía; no es necesariamente el discurso que permite que estos personajes hagan lo que acabaron haciendo.

Por tanto, el punto que faltaba por pensar es la conexión de estos actos de barbarie, de estos actos de criminalidad, a una esfera más elevada que en último término dota de justificación a los crímenes. Por tanto, las ideologías como todo ese conjunto de elementos justificadores que al final permiten un determinado ejercicio de la violencia.

No hace falta decir aquí que todos estaremos de acuerdo en que la historia de la Humanidad es la historia de un matadero sistemático. Por las razones que fueren. Pero sí es necesario decir aquí, al hilo de las preguntas que se hace Rafael del Águila en su libro, que a partir de un determinado momento el crimen necesita buscar algún tipo de justificación.

Antes se mataba porque se mataba, y nunca se mataba, además, sistemáticamente, salvo en ocasiones muy concretas. El problema es que a partir de la aparición del mundo moderno necesitamos racionalizar los crímenes. Ya no se trata sólo de justificar determinado tipo de crímenes, sino de lo que se trata fundamentalmente es, en último término, de buscar eso que él llama “una justificación balsámica para matar”.

Por tanto, yo creo que Rafael lo que dice es que para que se produzca, efectivamente, esa clara conexión entre ideologías y violencia política hacen falta tres condiciones -nos dice-: Un impulso suficientemente elevado (matamos por la patria, matamos por la emancipación del individuo, matamos por la identidad étnica o por la realización de nuestro grupo). Es decir, hace falta buscar algún tipo de justificación articulada, ordenada, en palabras. Hace falta también, desde luego, un encallecimiento moral -éste sería el segundo elemento-. Y el tercero es esta justificación balsámica.

Pero insisto: aquí la inhumanidad no está vinculada necesariamente a determinadas personas supuestamente depravadas, sino que la inhumanidad parece asociada a determinadas circunstancias sociales, envueltas, o que consiguen segregar, un elemento justificador racionalizador de estos crímenes.

Y el momento en el cual germina -por cuestiones, diríamos, si utilizamos la metáfora de las plantas (que es a la que ha aludido al utilizar el término de

“germinar”), el momento en el cual se dan todos los supuestos imprescindibles de temperatura, de abono, de todos los elementos que permiten, efectivamente, que esto se desarrolle- es precisamente el siglo XX. Por algunas de las razones a las que después aludiré.

Por tanto, la gran pregunta aquí es: ¿Por qué la barbarie? ¿Por qué hemos sido capaces de hacer lo que hemos hecho? Y hay una cita maravillosa que Rafael utiliza de Robert Musil cuando dice que “Sólo los criminales se atreven hoy en día a hacer daño a los demás hombres sin filosofar”. Es decir, que la condición de posibilidad para el ejercicio de la violencia es tener un argumento para ser violentos. Es decir, un mecanismo de racionalización de nuestras acciones, dirigidas precisamente a ello.

¿Y dónde detecta Rafa ese elemento? Lo detecta fundamentalmente en las grandes ideologías, que explotaron o –digamos- que se expandieron a lo largo del siglo XX.

Pero aquí yo creo que es muy importante introducir una cautela: no es malo tener ideales -en ningún momento afirma esto, y esto es muy importante dejarlo muy claro-. No es malo creer en determinadas cosas. No es malo creer en la emancipación del ser humano. No es malo creer en la protección de nuestro grupo étnico, dentro de un discurso nacionalista radical, etcétera, etcétera. El problema está en la forma a través de la cual lo hacemos.

Es decir, el peligro de los ideales no consiste en tenerlos, sino en cómo se tienen; en tenerlos de forma dogmática, de forma fanática. A través de una total absolutización de las creencias; a través de la total eliminación de quien disiente de esos ideales.

Por tanto, yo creo que esto es fundamental subrayarlo, porque Rafael en ningún momento está diciendo que tenemos que ir a algo así como a -Sandra también yo creo que lo ha subrayado- postular un escepticismo metodológico radical. Una cosa es que Rafael lo tuviera, y otra cosa es que él pensara que eso lo es lo que debía tener todo el mundo. ¡No! El problema es que aquellos que sostienen ideas tienen que ser conscientes de la precariedad de las ideas

que sostienen. Es decir, que es uno de los grandes conceptos que también Rafael se atrevió a pensar, que es el concepto del pluralismo -que estaba muy implícitamente también, un poco, en el discurso de Sandra-.

Los ideales -nos dice en el libro- constituyen el cemento que sirve para unir las piezas del exterminio. Aquí hay una idea fuerza importantísima (que es la idea fuerza, yo creo, que sostiene todo el libro), y si queremos de alguna manera interpretar por qué se produjo la barbarie, si queremos ilustrarnos sobre por qué fue posible Auschwitz, por qué fue posible el Gulag, por qué fueron posibles los asesinatos de Pol Pot en Camboya, etcétera, no miremos a personas concretas. Miremos a los discursos que justificaron las acciones que se acabaron haciendo. Y ésta es la crítica de las ideologías a la que alude el título, y es el peligro de los ideales que efectivamente están detrás.

Él menciona tres grandes ideales que han generado importantes perversiones, que están ordenados en toda una serie de conceptos o una constelación de conceptos, que pueden interpretarse de muchas maneras. Rafael en ningún momento en el libro yo creo que es dogmático respecto de aquello que dice, sino que lo que está es tratando de someter lo que él piensa que ocurrió a nuestro propio juicio.

Una de esas ideas acabó teniendo consecuencias perversas en la propia idea de emancipación, asociada a todo el jacobinismo político que nace de la Ilustración, asociada a la idea de utopía, sobre todo la utopía marxista: la idea de revolución: la ciencia aplicada a -o asociada- a la praxis política. En última instancia, desde luego, siempre existió el milenarismo, pero a partir de un determinado momento, y esto enlaza con algo que diré después, a partir del momento en el cual pensamos que era posible la realización -y subrayo esta idea- de la utopía perdimos de vista las cautelas que teníamos que haber tomado en consideración a la hora de realizar estos ideales. Es decir, que esto diríamos que es algo así como las perversiones violentas de un discurso de la Ilustración radicalizada.

Luego habría otro segundo gran discurso, que es el discurso de la autenticidad. Que es el discurso que fue muy caro a la identidad cultural, a la idea de nación,

a la idea de raza. Todo el nacionalsocialismo oscila en torno a esta idea de la raza. Pero aquí también podemos incorporar la idea del fundamentalismo cristiano, el fundamentalismo islámico... Es decir, que existe algo así como una idea de lo que es el “yo” auténtico, frente a un “yo” degenerado, y que por tanto de lo que se trata es de hacer una limpieza. Donde imponemos un mecanismo de exclusión de aquellos que no se ajustan al estereotipo que previamente hemos declarado como el “normal”, entre comillas.

Rafael, como sabéis todos los que le conocisteis, era una persona a la que le preocupaba un elemento de las políticas identitarias -no solamente a él, sino a mucha gente-, que es, digamos, el propio concepto de autenticidad que hay detrás de las políticas identitarias. Es decir, que existe algo así como un hombre auténtico que para ser auténtico no tiene que hacer nada, sino que lo es por el mero hecho de nacer en un sitio o tener ojos azules y ser rubio.

Es decir que para poder ser un auténtico “yo”, no hay que hacer nada,: basta con nacer adecuadamente, dentro de un grupo. Es decir, que no hay ningún mérito por el hecho de ser ario y hablar en alemán. Y claro, eso es, un poco la contradicción asociada a este tipo de cuestiones. Entonces, claro, cuando eso se absolutiviza y, de repente, al mero ser se le otorga un valor hiperbólico, pues, acaban sucediendo todas las aberraciones que después hemos vivido todos.

Por tanto, esta idea de autenticidad va en contra de la auténtica idea del individuo: que el individuo -que ésa es una idea socrática, pero que es una idea que está también muy presente en el Renacimiento, y también lo ha señalado Sandra, aludiendo a Maquiavelo, pero podemos aludir a Pico della Mirandola, por ejemplo-, es decir, que el hombre es un ser que se hace. Que será tanto más valioso cuanto más consiga por sí mismo.

En el texto de *Homini dignitatis oratio* de Pico della Mirandola hay una descripción preciosa de lo que Dios le dice a Adán, donde viene a decir algo así como: “Yo no te he creado ni animal, ni divino, sino que el que tú te asciendas a lo divino o te identifiques a los animales depende de tu propia

acción”. Depende de lo que tú hagas, de lo que tú consigas por ti mismo; no depende de lo que tú eres.

El problema de las políticas de la identidad es que asocian el bien al ser, no a lo que podamos llegar a ser. Entonces, claro, cuando de repente esto se absolutiza, pues nos encontramos muchas veces con este tipo de degeneraciones, que yo creo que el nacionalsocialismo aquí es el ejemplo absoluto.

Y luego otro gran ideal -y éste es el punto más discutible del libro; yo lo discutí con Rafael y lo quiero discutir aquí también públicamente-, que es el tema de la democracia. Porque para Rafael hay también una visión de la democracia deformada, que él encuentra realizada no solamente en el neoliberalismo (y en todas las políticas estas de Bush, de imponer la democracia a base de utilizar el bombardeo), sino que lo encuentra realizado -y esto es muy interesante- en el propio proceso civilizatorio que emprendieron los *Pilgrim fathers*, los peregrinos, cuando llegaron a América del Norte y empezaron a avanzar hacia el Oeste, eliminando –diríamos- a aquellos que en último término no eran civilizados. Que en cierto modo, estaba presente también en la acción de otros europeos (aunque en nuestro caso, como todavía éramos medievales, pues lo que nos importaba en el fondo era acceder al oro, y que se convirtieran); mientras que a los peregrinos, aparte de acceder también, por supuesto, a las riquezas, también les importaba salvarles, en términos mundanos, realizando, diríamos, los ideales de la civilización.

Es decir, es todo el racismo británico, o de raíz británica, que nos encontramos en el siglo XIX, y en cuyo nombre se llevaron a cabo también grandes... ¡Ojo! No estamos hablando aquí ahora de nazis, de jacobinos o de estalinistas: estamos hablando supuestamente de personas, entre comillas, “civilizadas”, cuya acción también tuvo consecuencias que tienen que ver con el crimen político.

Por tanto, la democracia muy asociada a la propia idea de imperio, muy asociada a la propia idea de civilización, muy asociada a la propia idea ya en nuestros días de globalización, de universalización de la democracia, etcétera.

Es decir: vamos a atacar Iraq, ¡pero ojo! Les atacamos para que consigan ser democráticos, ¿eh? Por tanto, el fin es noble. Lo cual justifica, en último término, los medios. Por tanto, todos los grandes discursos ideológicos del siglo XX son objeto de crítica.

Y aquí Rafael hace algo que para alguien que viene, como él venía, de la tradición marxista, no deja de ser un salto, y yo creo que es importante también sacarlo a la luz. No deja de ser un salto, es decir, porque dentro de la ortodoxia marxista, en último término, las ideologías son mecanismos de racionalización de acciones que obedecen a, diríamos, una determinada constelación de fuerzas materiales.

Lo que nos viene a decir Rafa es que las ideologías tienen la capacidad de condicionar a su vez la forma en que se articulan determinados contextos. Es decir, no son meros epifenómenos de una constelación de elementos objetivos, sino que tienen la capacidad para imponerse sobre esos elementos objetivos.

Por eso uno de los temas que tiene que combatir... -Y yo creo que lo hace bastante bien, aunque a mí, por alguna cosa que acabaré diciendo, pues no sé si me convence del todo o no, y lo he discutido mucho con él. Porque claro, son treinta años juntos, o sea que discutíamos de todo. Absolutamente de todo. Y esto de vez en cuando salía, como podía salir... Qué se yo: un titular del periódico sobre qué demonios pasa en Aragón, con motivo de cualquier cosa-.

Uno de los temas que tiene que discutir es una de las grandes tesis que florecieron sobre todo a partir de los años treinta, que es la conexión entre Modernidad y violencia, que es la tesis de la Escuela de Frankfurt. Que es la tesis que después hizo suya alguien como Hannah Arendt, en su discusión sobre el tema de la banalidad del mal. Que más recientemente -yo creo que pirateando absolutamente a los frankfurtianos y a Arendt- sostuvo alguien como Zygmunt Bauman, en *Líquido* (porque yo creo que tiene algo así como diez libros con el adjetivo "líquido": *El amor líquido*, *Sociedad líquida*, *El Estado líquido*, *Liquidez*...). O sea, todo está "licuificado" en Bauman, pero sus ideas más importantes son las ideas que derivan precisamente de esta idea. Y es la idea de que en último término, no es -y esto es interesante- la ideología la que

provoca la violencia, sino que es una determinada organización sistémica del aparato del Estado, de la organización social, que es la que en último término es responsable de estas aberraciones.

Y lo que menos importa al final es la idea que pone en marcha el Holocausto: lo que importa al final es el engranaje que permite que, una vez que introducimos una orden, en último término acaba ejecutándola de una manera absolutamente implacable.

Y eso es en cierto modo la organización del Estado, la administración burocrática, el desarrollo del mercado capitalista, la racionalidad instrumental... Donde puso su acento Max Weber y en adelante ya todos los demás. La propia tecnología, la idea esta de la administración de los cuerpos a través de la biopolítica, que es el gran dogma ahora mismo de toda la izquierda latinoamericana. Uno va a Latinoamérica y no hay más que biopolítica, y uno dice: bueno, ¿pero qué pasa? ¿Qué es eso de la biopolítica? Y entonces a uno le empiezan a explicar cosas, y dicen: “Bueno, pues... La biopolítica...”

Pero bueno, la tesis de Rafael no es ésa. La tesis de Rafael dice: esto permite que, efectivamente, una vez introducida la idea dentro de todo ese engranaje, esa idea tenga unas consecuencias mucho más pasmosas, mucho más eficaces que de no haber existido ese engranaje. Pero lo que explica el resultado no es el engranaje, sino es la idea a cuyo servicio se pone, precisamente, ese engranaje.

Por tanto, han sido los ideales, y no su ausencia, los responsables del impulso este político hacia la violencia, no una maquinaria automatizada. Y las máquinas son neutrales por definición. Entonces, para que las máquinas funcionen hace falta darles algún tipo de orden. Produce veinte mil muertos diarios; pero claro, la máquina es, digamos, puramente ejecutiva. Alguien tiene que mover esa máquina, y sobre todo, pensar. Y éste es un tema que le preocupaba muchísimo a Rafa, muchísimo: es el tema de la desresponsabilización que genera la idea de que en último término son una serie de condiciones objetivas las que explican un determinado resultado. Que

no son personas que deciden autónomamente el que una determinada decisión se lleve a cabo.

Evidentemente, eso también lo que implica es -Rafael en esto no es nada dogmático-: no todos los ideales modernos son necesariamente peligrosos. Algunos ideales modernos han sido más peligrosos que otros, es decir, el liberalismo no imperialista (que es liberalismo en último término) se montaba sobre una idea de un cierto escepticismo respecto de cuál sea la verdad, llevaba ya en sí mismo la posibilidad de enmendar posibles interpretaciones dogmáticas.

Por tanto, yo creo que el problema de la legitimidad –diríamos- del exterminio, en el caso que se produjera, de la legitimidad de la acción política, está ya en cierto modo intuido en la propia forma a través de la cual nosotros organizamos ideológicamente un determinado discurso.

Una de las grandes preguntas que nos podemos suscitar es si algunas de las manifestaciones que hoy observamos (como puede ser el terrorismo islámico), si, efectivamente son premodernas o son modernas. Como sabéis, un autor que seguramente todos conoceréis (y sobre el que escribió una columna muy bonita, por cierto, el otro día en *Babelia* Muñoz Molina), que es John Gray, escribió un libro sobre Al-Qaeda y por qué Al-Qaeda es un movimiento moderno.

Ojo, no estamos aquí hablando de una ideología premoderna, de fundamentalismo religioso... No, no, no, cuidado: aquí estamos hablando en términos de alguien que se plantea la aniquilación del enemigo en términos absolutamente modernos, exactamente igual que cualquier otra [ideología] de las que hemos ido analizando.

Por tanto, como diría Rafa, mata quien cree. Pero hace falta una creencia profunda, dogmática, fanática, como he dicho antes, para que se lleve a término. Por eso, de cierto modo, las ideologías modernas han suplido a las religiones. Han vuelto a cumplir entre nosotros el papel que en su día tuvieron las religiones de intentar dotarnos de sentido el mundo de la realidad, y

precisamente de ahí deriva la idea, en último término, de redención detrás de todas las grandes ideologías del siglo moderno. Es decir, que, en último término, las grandes ideologías de la Edad Moderna tienen detrás un elemento religioso, que es esta idea de redención, y que obedece además a algo que se produce también en el origen de la Modernidad, que es cuando se produce, como diría, Carl Schmitt, ese trasvase desde conceptos políticos religiosos hacia lo secular. O sea, los grandes conceptos políticos, diría Carl Schmitt, son conceptos religiosos secularizados.

La idea de la omnipotencia del Estado bebe en la idea de la omnipotencia divina, por poner uno de tantos ejemplos. Y entonces, claro, exactamente igual que la religión se encarga de organizar nuestras almas, y velar por nuestro bien, las ideologías acaban buscando algo muy similar. Y encuentran en ese momento ese instrumento fundamental, que es precisamente el Estado.

Entonces, el Estado tiene una función, para aquellos que lo colonizan, siguiendo al pie de la letra esta idea de lo ideológico, el Estado en último término se convierte en un ser omnipotente, cuya labor fundamental es podar el jardín de la sociedad para que se adecue a los presupuestos de nuestras ideas o los presupuestos de nuestro discurso. Por tanto, el Estado nos debe salvar. Ésta es la idea de salvación secularizada, y se trata de hacer una sociedad que siga pautas, o que siga el modelo de cómo debe ser, de forma muy similar a cómo las religiones también tratan de crear en nosotros un determinado tipo de seres.

Por tanto, la idea de pueblo y autenticidad es algo muy parecido a la idea de la Comunión de los Santos. Aparecen nuevos modismos de poder, que el modismo de poder es, evidentemente, el Estado, que es lo más parecido que hay al monoteísmo. (Y aquí el padre es Hobbes, pero no quiero entrar en esto.) Digamos que el problema aquí es que se produce algo así como un cierre cognitivo, que obedece a ese vértigo ante lo ambivalente. La Modernidad exige claridad: no podemos mantener las ambivalencias y, por tanto, todo atisbo de pluralismo, todo aquello que no encaja con una determinada concepción de cómo debe ser la realidad, nos la cargamos.

Bien, y vamos a la justificación de los ideales. Porque claro, en último término - es una de las grandes paradojas-, en último término es que los ideales - muchos de ellos, al menos- tienen una justificación impecable. No en el sentido que le da Rafa, pero bueno, en el sentido vulgar del término "impecable". Porque claro, en último término lo que sostiene la idea de la revolución es el resolver el problema de las injusticias, eliminar la explotación... Algo que diríamos que son ideales que todos deseamos o que a todos, en un principio, nos gustaría que fueran resueltos.

La reacción identitaria, en cierto modo, también es una necesidad de buscar ajustar a nuestra identidad nacional la ausencia del modelo del tipo de convivencia que es el que nos gustaría. Y al final, por tanto, nos encontramos con que muchas veces, en nombre de ideales perfectamente asumibles, acabamos cometiendo auténticas aberraciones. Ésta es la gran paradoja que está detrás.

Y hay un punto que Rafael subraya mucho -porque en último término, como he dicho, él era un politólogo realista-, que es la idea de que no basta con los ideales -que he dicho antes-: que es necesaria también la forma en la que se crean los ideales. Pero sobre todo, lo que sí es necesario (porque, si no, los ideales serían ridículos) es el poseer o no el poder para poder llevarlos a cabo.

Por tanto, aquí hay un problema también de conexión entre la teoría y la praxis, que tiene mucho que ver con la realización del sueño de toda persona que aspira a transformar la realidad, que es el acceso al poder. Yo creo que éste es un punto que quizá Rafael no desarrolla suficientemente, pero que me parece que es fundamental.

Y para acabar, me gustaría sacar dos puntos más. Yo el primero lo formularía con una pregunta: ¿son las ideas las que generan el fanatismo, o por el contrario son las condiciones sociales las que generan las ideas? Es a lo que antes me refería con el problema del marxismo. ¿Hasta qué punto las ideas pueden sobre las condiciones sociales o hasta qué punto las ideas no son más que ese mero epifenómeno que está ahí detrás?

Y luego el segundo punto que me gustaría subrayar es -que nos puede dar para mucho, porque es una reflexión que yo creo que todos tenemos que hacernos- es lo que yo llamo “el síndrome de por qué hablamos de amor cuando queremos decir sexo”. ¿Por qué hablamos de “democracia” cuando queremos decir “hegemonía” o “imperio”? ¿Por qué hablamos de “emancipación” cuando lo que queremos decir es dictadura nuestra, de partido? ¿Por qué hablamos de “autenticidad” cuando lo que queremos decir es control de nosotros, de la élite, sobre un determinado pueblo?

Es decir, ¿hasta qué punto el poder no es en último término lo que explica el que se acabe haciendo lo que se hace? O ¿hasta qué punto es la creencia en determinados ideales lo que acaba haciendo lo que realmente se hace?

Vamos a ponerlo en un ejemplo concreto: lo que buscaba Bush realmente. ¿Le importaba a Bush algo que Iraq fuera democrático, o se vio obligado a recurrir a la justificación de la democracia, para bombardear Iraq?

¡Yo no voy a resolver este problema, evidentemente! Porque además estamos aquí hablando de un libro, no estamos hablando de este tipo de temas. Yo lo que quiero decir es que muchas veces -y yo creo que en el momento álgido de las ideologías, efectivamente, Rafa lleva razón- las ideas acaban impulsando y teniendo una serie de consecuencias. Pero cuanto más lo trasladamos a nuestros días, precisamente porque ya no nos creemos la mayoría de esas ideas, la tesis puede enflaquecer algo. Sobre todo cuando la aplicáramos al caso de los *neocon*.

Desde luego, en los *neocon* había una serie de iluminados que seguramente se creían a pies juntillas esas ideas. Pero yo no creo que las decisiones que tomaron eran para realizar esas ideas, sino para realizar un interés hegemónico.

Estados Unidos es la única superpotencia, y por tanto de lo que se trata es de instituirlo como tal. Ahora, claro, tuvieron que envolverlo en mecanismos racionalizadores para que eso fuera asumible, por parte de su propio electorado y por parte de, incluso, las personas de buena fe. Lo dejo en el aire.

Yo quería hablar también de la política de medida de Rafa, es decir: de cuál es la solución que él nos da de cómo tenemos que analizar la política. Pero a eso se ha referido ya Sandra y no quiero abundar más en ello. Lamentando, eso sí, que no hubiera tenido tiempo realmente de desarrollarlo. Yo creo que su siguiente gran libro hubiera sido precisamente el desarrollar la idea esta de qué es la política de medida.

Y acabaré con un chiste de El Roto, que si tuviera un PowerPoint lo pondría aquí. ¿Os acordáis cuando salió, se suscitó, el problema este de los restos de los fusilados de la Guerra Civil? Si había que sacarlos a la luz o no, etcétera. Y El Roto hizo un chiste que me parece que es el mejor resumen que yo he visto del libro de Rafa del Águila: donde dos tipos, están ahí los dos, cavando, y uno le dice al otro: “En cuanto uno escarba en las ideologías, aparecen huesos”.

Muchas gracias.

Zaragoza, 6 de mayo de 2009.